

Uribe y los Versos Del Inconsciente

Armando Uribe Arce es un hombre serio. Se dirige al interlocutor con un "usted" constante y dando ejemplos innumerables para clarificar sus argumentos y opiniones. La mesa en su escritorio sostiene varias torres pequeñas de libros. Los que muestran sus portadas incluyen *The Question of German Guilt* de Jaspers, *La revista chilena de literatura* de la Universidad de Chile (el ejemplar verde de abril 2000) y *Les Temps Modernes*, *Revue Mensuelle*, 1946.

A pesar de su participación en mundos variados como el diplomático, el jurídico, el académico y el político, Uribe es un artista de las palabras. Julio Ortega, el crítico peruano, afirmó hace un tiempo que *Odio lo que Odio*, *Rabio como Rabio* es "uno de los grandes testimonios de este fin de siglo". Y el diario *El País* de España consideró a Uribe como "un clásico vivo de la poesía hispanoamericana". En las paredes de su escritorio hay varios collages de fotografías en blanco y negro (de bocas, ojos, manos, rostros de mujeres) hechos por su mujer, Cecilia Echeverría Eguiguren, y que llevan textos de él. Hay manos con las uñas plateadas, donde aparece letra manuscrita uribeña en negro.

La mano de Uribe extingue un cigarro tras otro. Cuando se termina la conversación, queda una flor de colillas en el cenicero.

Uribe empieza la entrevista con un prólogo. Enfatiza que todas sus obras son literarias. Esto incluye la conferencia que dio el 9 de julio en La Sorbonne *Le fantasme Pinochet* o el *Repertorio de palabras de la ley penal chilena*.

—¿Por qué considera su diccionario el "Repertorio de palabras de la ley penal chilena" una obra literaria?

—Lo considero también con sentido literario no sólo porque sea diccionario sino, además, porque hay un prólogo en el cual se habla de la naturaleza de las palabras y de las diferencias que hay entre las palabras de la ley y las demás palabras: las palabras de la poesía, por ejemplo.

Escritor de dos lados y medio, que él define como sus obras en verso, sus ensayos y sus obras jurídicas, Armando Uribe Arce ofrece opiniones fundadas sobre todo y digresiones miles. Sólo en versos, entre sus últimas publicaciones figuran "Contra la Voluntad" (1998), "Los Ataúdes y las Erratas" (1999), "Las Críticas de Chile" (1999), "Odio lo que Odio, Rabio como Rabio" (1998), "Imágenes Quebradas" (1998).

Por Magdalena Edwards Cox

Uribe en francés

—¿Cómo fue su regreso a París y su encuentro con el filósofo Jacques Derrida en La Sorbonne?

—En la vieja Sorbonne cumplí mis 25 años como profesor titular. Conocía a Derrida hace 15 años, o incluso un poco más. Derrida a estas alturas, ahora, y no fue el caso hace veinte años, es "maitrè á penser". ¿Sabe francés? Significa "maestro para pensar", pero la traducción literal no sirve: el mayor maestro. Por lo tanto, se dice que es considerado el sucesor de una línea de intelectuales que ha existido siempre. Tal vez el último antes de Derrida era Sartre, y tiene ese peso. Y eso lo ha transformado humanamente en una persona más difícil.

—¿Usted cree que los teóricos y filósofos tienen alguna función?

—Naturalmente que sí. Para mí el criterio principal para leer en general —estas obras entre muchas otras— es cuando literariamente tienen mucha importancia.

Le voy a dar un ejemplo bien ajeno y antiguo. Considero que en traducción, literariamente, hay tres obras de Marx que son excelentes, obras maestras. Y no he leído el resto de Marx jamás. Esas obras son: *El 18 Brumario de Luis Napoleón*, *Las guerras civiles en Francia*, y *La comuna de París*. Cuando he hojeado alguna otra cosa de Marx, no me interesa, pero esas tres obras son literariamente, en traducción, tan notables que las apreció como obras literarias.

De la misma manera aprecio los relatos de casos clínicos hechos por Freud. También el caso mismo de Sartre. No creo que haya sido un gran escritor. Lo más interesante desde el punto de vista literario es una especie de vida suya infantil que aparece en el libro que se llama *Las palabras*.

—¿El cambio de idiomas y de comunidad lingüística, por ejemplo, cuando ustedes vivieron el destierro en Francia, en qué afectó su modo de escribir?

—En primer lugar, en la casa no hablábamos más que castellano. Por ningún motivo admitíamos que los hijos hablaran



Armando Uribe Arce dice: "A veces no me doy cuenta en qué idioma estoy leyendo".

que introduce Cervantes dentro de su obra —*El curioso impertinente*, por ejemplo. No estoy hablando de eso, sino que hablando de la manera que se desarrolla la palabra en el curso de todo el libro, con digresiones.

Los refranes que usa Sancho Panza suponen digresiones. Don Quijote cuando se opone, también lo hace a través de digresiones. Adaptarme a ese método "cartesiano", sin digresiones, fue un esfuerzo que realicé durante esos 17 años continuados de clases en La Sorbonne.

Pese que hay tres autores, muy importantes franceses, que usan la digresión, considerados un poco heterodoxos respecto este método cartesiano, que son, cronológicamente, Montaigne del siglo XVI (lectura permanente mía), el Duque de Saint-Simon en el siglo XVIII y Proust en el siglo XX.

Más libros de bolsillo

—Faulkner decía que leía todos los años "El Quijote" y la Biblia... Había varios libros que siempre leía...

—Ah, no sabía.

—Sí. Usted ya mencionó dos que siempre tiene a mano. ¿Hay otros..?

—No, yo he mencionado cinco.

—Incluye los tres que usted me mencionó recién...

—Claro, los tres que le he señalado. Montaigne lo tengo al lado de donde yo trabajo. Tengo los tomos de Saint-Simon. Incluso son lecturas y relecturas que he hecho en los últimos días y en las últimas semanas tal como hace 20 o 40 años.

Le podría nombrar dos más. De Robert Musil, *El hombre sin cualidades*, y de Edward Gibbon, *Decadencia y caída del Imperio Romano*. En general, las obras que manejo todo el tiempo son las que considero obras interminables o abiertas. Le doy, a todas las obras que me acompañan, gran importancia a la poesía sobre la muerte y lo divino, la que no termina nunca.

—¿Usted lee poetas del este de Europa? A Charles Simic o Wislawa Szymborska, por ejemplo?

—No. Mire, por lagunas de conocimiento, por ignorancia. Por eso le podría hablar de otro libro con el que ando todo el tiempo. También lo tengo en una edición que me permite meterlo al bolsillo, al bolsillo interior de la chaqueta, digamos, o del chaleco o del abrigo. Son *Las coplas* de Jorge Manrique.

Ese libro lo tengo siempre al lado desde que estaba en el colegio. Algunos versos los conocía porque hasta mi padre repe-

francés. Las lecturas también se hacían de obras en castellano. Por otro lado, yo estaba recibiendo periódicos, recortes, etc.

La información que tenía, salvo en el caso paradójico de la literatura (porque ahí me llegaban algunos libros y otros no), era como si hubiera estado en Santiago. De modo que no advertí que hubiera una dificultad particular con respecto al castellano de ninguna especie.

—Entonces usted mantenía una relación fuerte con el idioma...

—Mire, una cosa distinta me pasó en Francia. No me había pasado en los Estados Unidos o en Viena. Ni en Roma, donde también fui estudiante de posgrado.

Existe en Francia, en la vida común, como en la enseñanza universitaria, en los libros, ensayos, algo que han llamado el "método cartesiano", aunque creo que más que ser método de Descartes, es la manera de pensar y desarrollar los argumentos, por escrito o hablar, que

viene de la tercera república francesa, o sea, de los últimos 130 años.

Esa manera de pensar tuve que imponérmela para hacer clases en La Sorbonne. Y, realmente ahí, echaba de menos la manera de razonar en castellano. El francés no admite las digresiones o líneas que estén fuera del argumento principal.

En castellano, la lengua y la manera de pensar permiten, incluso podría decir, inducen y exigen, la digresión. La mejor prueba de eso es que la más grande obra del castellano que es *El Quijote* (no lo digo porque se repite eso de cajón sino lo creo realmente y es lectura permanente. Lo fue en China como lo fue en París como lo fue en Washington o Nueva York. Andaba siempre con un libro de bolsillo. Como *La Divina Comedia*, también tenía una edición con la que andaba siempre.) Bueno, *El Quijote*, decía, en cierto modo, es necesariamente un libro de digresiones. Y no estoy hablando sólo de las novelas